

Ramón de España

# EL MANICOMIO CATALÁN

Reflexiones de un barcelonés hastiado

la esfera  de los libros

## Primera reflexión

# EL ESTADO DE LAS COSAS

### **De la tabarra a la sobreactuación**

Si no recuerdo mal, el Estado autonómico se inventó para aplacar las ansias secesionistas de los nacionalistas vascos y catalanes. No negaré la buena intención de la propuesta, pero los nacionalistas son por definición insaciables, y su objetivo es la independencia de su zona de influencia, ya sea este un objetivo sincero o una buena manera de ir tirando un poco mejor que los demás a base de amenazar permanentemente al Estado con darse el piro. En cualquier caso, el Estado autonómico acabó creando dos tipos de comunidades: las históricas (con idioma propio) y las que, al parecer, no tenían historia de ningún tipo, pero se veían obligadas a improvisar una identidad, una bandera y un himno para no ser menos y poder también, como las otras, sacar pecho patriótico.

Personalmente, me habría conformado con una estructura federal a la norteamericana, con su gobernador en cada estado, y un poco menos de mini-nacionalismo, pero todo parece indicar que, viniendo de aquella basurilla política que fue el franquismo, lo del

ordenamiento autonómico fue lo mejor que se nos ocurrió. Y tal vez podría haber sido una estructura razonable si los nacionalistas vascos y catalanes hubiesen mostrado cierta lealtad al pacto autonómico, pero hablar de lealtad con esa gente es, por citar al cantautor marxista británico Billy Bragg, como hablar de poesía con el recaudador de impuestos. Los nacionalistas solo son leales a la que consideran su única patria. Y ni eso, pues les importa un rábano la mitad larga de su comunidad que no comulga con sus deseos: a todos esos desgraciados, cuya visión de las cosas no coincide con la suya, ni agua; que se limiten a pagar sus impuestos, que serán lógicamente invertidos en lo que interesa a la mitad *buena* de la comunidad. Y como quien parte y reparte se lleva la mejor parte, si por el camino conseguimos despistar unos eurillos en Suiza o Luxemburgo, mejor que mejor.

Que el sistema autonómico exista no quiere decir que todos nos lo creamos, pues hay en él algo inverosímil, un punto majareta, que se manifiesta especialmente a finales de año, cuando el pequeño presidente de cada pequeña comunidad se asoma a la pantalla de su ruinosa televisión local —que solo ha servido para colocar a sus amigos con menos luces, los que no sirven ni para especular con el suelo urbanizable, y para hacerle parecer mejor de lo que es— y se dirige a sus pequeños compatriotas. Unos días antes, Su Majestad ya ha hecho lo propio y todos hemos escuchado en respetuoso silencio sus bienintencionadas naderías. ¿Por qué vienen, pues, ahora todos esos funcionarios a leernos la cartilla del año que comienza? ¿No habíamos quedado en que del rey abajo, ninguno? ¿Qué será lo próximo? ¿Un discurso del señor alcalde? ¿Unas palabras del presidente de la comunidad de vecinos por circuito cerrado? Si esto sigue así, no descarto salir al balcón y dirigirme a quienes tengan la mala suerte de pasar por ahí abajo en esos momentos. ¿Pero quiénes nos hemos creído que somos? El

país se hunde bajo una crisis económica como no se había visto desde el *crack* de 1929, y nosotros nos dedicamos a los discursos patrióticos. Eso sí, tenemos más presidentes por metro cuadrado que ninguna otra nación. Gente que se reúne, que organiza cumbres —últimamente, se le llama «cumbre» a cualquier cosa—, que discute, que saca pecho, que se ofende y que ofende. Gente que dice representar a toda una comunidad, pero a la que, en el fondo, casi nadie se toma muy en serio. A la hora de la verdad, todos sabemos que en España solo hay un presidente, que es el que representa al país y el que va por ahí intentando no hacer demasiado el ridículo. Los únicos que creen en el presidente de su comunidad son los nacionalistas. Los demás hacemos como que todo nos parece de lo más normal y necesario, aunque en el fondo pensemos que España es un país demasiado pequeño para albergar tanta nacionalidad, tanta pompa y tanta circunstancia. Y nos hemos mantenido callados mientras había dinero, por lo de no ponerse a arreglar algo que no está roto, pero ahora pensamos que tal vez ha llegado el momento de ordenar las cosas de otra manera.

Si el sistema autonómico no satisface ni a aquellos para los que se inventó ni a los que nunca nos lo hemos acabado de creer, ¿para qué sirve? (especialmente, cuando no hay un duro).

Pero pasemos de lo general a lo particular. Hablemos de Cataluña, pues ese es el objetivo de este modesto opúsculo. Los catalanes, pese a nuestra fama de gente sensata y razonable, vivimos instalados en el delirio —antes solo lo rozábamos con cierta frecuencia y a un nivel asaz marginal— desde el 11 de septiembre de 2012, cuando una marea humana compuesta por unas seiscientas mil personas —o entre un millón y medio y dos, según el grado de demencia del nacionalista de turno, capaz de amontonar mentalmente a ochenta de sus conciudadanos en un metro cuadrado— se echó a las calles de Barcelona reclamando la indepen-

dencia. La cosa estaba organizada por la ANC (Asamblea Nacional Catalana), al frente de la cual figuraba y figura una tal Carme Forcadell, de larga biografía nacionalista. Como no podía ser de otra manera, la señora Forcadell luce a perpetuidad el semblante severo propio de todo buen patriota: los nacionalistas, sean de donde sean, siempre se muestran como los personajes de las novelas de Dostoievski: humillados y ofendidos... Aunque sean ellos los que disfrutan haciéndoles la vida imposible a los demás; en ese sentido, cumplen a rajatabla el patrón del enfermo mental pasivo-agresivo. Cada vez que alguno de estos atorrantes aparece por la televisión autonómica es para recordarnos lo mucho que trabaja por la independencia, insinuando que los demás no damos un palo al agua (en mi caso es cierto, pero no soy el único).

En aquellos tiempos, nuestro presidente, Artur Mas, andaba detrás de un concierto económico a la vasca —una de las mayores anomalías de la democracia española, que debería ser eliminada por el bien de esta, sobre todo ahora que los descerebrados de ETA parecen haber llegado a la conclusión de que lo mejor que pueden hacer con sus armas es introducírselas por el recto— que, evidentemente, el gobierno central no pensaba concederle. Nunca sabremos si Mas se puso al frente de la manifestación de la ANC o si la organizó él mismo desde su propio despacho (desde luego, la ANC vive del dinero público), pero el caso es que al día siguiente los catalanes ya no queríamos el pacto fiscal, sino la independencia. Había hablado la calle, según nuestro presidente. Y aunque la calle diga muchas más cosas, él tiene un oído selectivo y solo escucha lo que le conviene. Así pues, adiós a un pacto fiscal imposible y hola a una independencia igualmente impracticable. De repente, los catalanes estábamos en boca de todos, ocupábamos las portadas de los periódicos y salíamos por la tele a cascoporro. Para solucionar todos nuestros males, necesitábamos

independizarnos de la implacable España, que nunca nos había querido. Y cualquiera que se atreviese a comentar la insensatez de la propuesta era tildado inmediatamente de «aguafiestas». El gran concepto del presidente Mas a la hora de defender sus chaladuras era la «ilusión». Yo creía que los políticos estaban para gestionar la realidad, pero ahora resultaba que no, que estaban para hablar de «ilusiones». Ese es, básicamente, el gran mensaje político de Artur Mas: «Queridos compatriotas, de ilusión también se vive». Ya sabíamos que los políticos catalanes gestionaban los símbolos, las quejas, las invenciones y las fantasías mejor que la deprimente realidad, pero nadie hasta ahora había tenido las narices de reconocerlo en público. Ni había conseguido arrastrar a un número tan elevado de ciudadanos en sus delirios. He ahí el principal mérito de Artur Mas. Probablemente, el único. Desde 1980, año de la primera victoria electoral de Jordi Pujol, los nacionalistas dedicaban gran parte de sus esfuerzos a la fabricación de un país imaginario; ese país nació, finalmente, el 11 de septiembre de 2012.

### **El largo reinado de Papá Pitufó**

Entre 1980 y 2003, Cataluña estuvo gobernada por un político paternalista que supo conciliar como nadie las cosas prácticas con el misticismo patriótico. Se llamaba Jordi Pujol —aunque yo me refiera a él como *Papá Pitufó*, y su gran amigo Javier de la Rosa, como *Patufet*, en cariñoso homenaje al popular personaje del cuento— y era feo, bajito y sentimental, a la par que implacable con los enemigos de la patria; es decir, con todos aquellos que, como el que esto escribe, no compartían su visión de las cosas. Pero de eso ya hablaremos más adelante. De momento, me gustaría detenerme en lo que fue su Cataluña, comparada con la de Mas.

Recuerdo esa Cataluña como algo muy parecido al cielo de la canción de los Talking Heads «Un lugar en el que nunca pasa nada». Si vivías en Barcelona en esa época, tenías la impresión de que te podías marchar un mes, un año o un lustro y que, a la vuelta, todo seguiría igual. Puede que la situación resultara desesperante para los que habíamos soñado con una ciudad más estimulante y cosmopolita, pero la sensación general era de gran placidez y elevada autoestima, sobre todo a partir de las Olimpiadas de 1992, cuando mi ciudad empezó a convertirse en la inane trampa para turistas que es en la actualidad.

Mientras hacían sus negocios e incurrían ocasionalmente en el chanchullo —pues lo cortés no quita lo valiente—, Pujol y los suyos iban fabricando, sin ruido ni alharacas, la Cataluña que tenían en la cabeza. En Madrid, el gobierno central consideraba a Patufet un gran estadista, y tanto el PP como el PSOE le tenían en muy alta estima; más que nada, porque solían necesitar sus votos para poder gobernar. Y Patufet les correspondía —con alguna rabieta muy ensayada de vez en cuando, claro está— manteniendo el orden en las levantiscas provincias catalanas y, mientras tanto, yendo a lo suyo: subvencionando a los «buenos» catalanes, arrinconando la lengua castellana por mor de la «cohesión social», controlando la educación para que a los niños no les diera por pensar que lo de ser español tampoco era tan grave... Y así sucesivamente, mientras la clase política madrileña miraba hacia otro lado y se desentendía tácitamente de todos aquellos que no compartían los planes de Pujol para la construcción de la «Cataluña catalana». De la clase política local, en especial de lo que aquí entendemos por izquierda, ya nos ocuparemos más adelante.

A Papá Pitufo, que siempre fue de natural mesiánico, le encantaban los símbolos, los cánticos y los rituales. Que alcanzaban su punto álgido cada 11 de septiembre con la celebración de la

fiesta nacional, conocida popularmente como la Diada. Nunca he entendido por qué escogimos los catalanes la fecha de una sonora derrota para celebrar la fiesta nacional, pero intuyo que debe de tener algo que ver con nuestra psique masoquista. En cualquier caso, Patufet y los suyos fueron muy hábiles convirtiendo una guerra de sucesión en una de secesión, pues el mensaje caló entre la población. Se procedió a la invención de un héroe catalán, Rafael Casanova, se omitió la presencia del militar barcelonés, aunque de origen gallego, que defendió Barcelona de las tropas de Felipe V, el general Antonio de Villarreal, y nada se dijo acerca de que ciertas zonas de Cataluña —Tortosa, por ejemplo— eran francamente hostiles a los Austrias.

De este modo, Cataluña vivía cada 11 de septiembre una jornada de lo más pinturera que desde Madrid, intuyo, se veía como una mascarada inofensiva a cargo de unos a los que les había dado por decir que eran una nación. Como ya les he contado antes lo que pienso del sistema autonómico, no me extenderé mucho en lo que me pasaba por la cabeza cada 11 de septiembre. Me limitaré a decir que a mí también me parecía todo aquello una mascarada, aunque no estoy tan seguro de que fuese inofensiva. De hecho, con el paso de los años empecé a considerar los actos de la Diada como una especie de representación teatral de efectos catárticos. Me parecía que cada año, en mi ciudad, se representaba una nueva función de *Marat-Sade*, interpretada por los orates más presentables del manicomio en el que se estaban convirtiendo mi ciudad y mi comunidad desde que se había impuesto en ellas el nacionalismo. Era como si el director del sanatorio, que vivía en Madrid y se hacía pasar por el presidente de la nación, permitiera que los pacientes se desfogaran una vez al año con sus gritos, sus cánticos, sus banderas y, ya a nivel optativo, sus quemas de cajeros automáticos y sedes de McDonalds.

Lo diré más claramente: la Diada me parecía una parodia grotesca de algo que ya no suele tener la más mínima gracia, las fiestas nacionales de los países, digamos, de verdad. Como toda muestra de nacionalismo, las fiestas nacionales tienen algo chulesco y agresivo que me saca de quicio. Creo que hay que tener una bandera para distinguirnos de los demás países en los encuentros políticos internacionales y en los partidos de fútbol. Supongo que hay que tener un himno para poder cantar algo en las competiciones deportivas (aunque suelen ser todos más malos que la tiña y tener unas letras de juzgado de guardia: recordemos lo de *Britannia rules the world*, *Deutschland uber alles* y demás fanfarronadas por el estilo). Y que hay que montar un desfile militar para entretener a la chiquillería y enseñar un poco los dientes a los países vecinos. De hecho, transijo con todas esas memeces mientras tengan cierto empaque. Lo que ya no soporto son las parodias, las imitaciones, las ceremonias de quiero y no puedo. Y entre ese tipo de celebraciones, las de la Diada se llevan la palma.

Desde un punto de vista estrictamente musical, la cosa ya no puede empezar peor. «Els segadors» no es tan solo una mala canción de tono zarzuelero, sino también un himno al odio. ¿Cómo se puede cantar, en pleno siglo XXI, que «con la sangre de los castellanos haremos tinta roja»? ¿No podrían haber encontrado otro tema más presentable? Yo hubiese preferido una pieza instrumental. Como el himno español, que no es gran cosa, pero por lo menos no tiene letra (pese a los esfuerzos, en su momento, del inefable José María Pemán y, más recientemente, de mi admirado Jon Juaristi): tú te quedas tieso como un palo mientras suena y ya has cumplido. Pero con «Els segadors» no, ahí hay que ponerse a cantar... ¡Y pobre de ti si no te sabes la letra, que no vas a pillar cacho en tu puñetera vida!

La cosa marcial, inherente a este tipo de celebraciones, tampoco es que nos salga muy bien a los catalanes. Como solo somos un país independiente en la imaginación calenturienta de los nacionalistas, no tenemos ejército. Y sin ejército no hay quien monte un desfile como Dios manda. Sin un mal avión que llevarnos a la boca ni una infantería que marque el paso ni una legión con su correspondiente cabra, ¿qué se puede esperar de nosotros? Pues la aparición de unos señores con sombrero de copa, alpargatas y capa que parecen una mezcla de Batman y el portero del Majestic, pero en realidad son miembros de la policía autonómica con el uniforme de gala. ¡Y menudo uniforme de gala! ¿Tanto costaba vestirles de azul y con gorra de plato, como a los policías de todo el mundo? Tal como van, nuestros agentes resultan de una comicidad involuntaria. ¡Los españoles se tronchan a nuestra costa cuando los ven por la tele izando la enorme bandera catalana de cada año!

Carente de una pompa y una circunstancia imposibles, la Diada deviene esa función teatral de la que antes les hablaba y en la que cada paciente del sanatorio cumple su función como mejor puede. El presidente lanza un discurso optimista y patrioterero. Todos los partidos políticos, clubes deportivos y asociaciones con y sin subvención depositan coronas de flores al pie de la estatua del heroico Casanova. Se abren las puertas de la Generalitat a ese eufemismo que conocemos como sociedad civil. Se come a dos carrillos por Cataluña. Cuando oscurece, grupos de pacientes incontrolados la emprenden a patadas con el mobiliario urbano y los escaparates de las tiendas. La policía —ya sin capa y sin chistera, pero con muy mala uva— reparte estopa. Luego viene la brigada de limpieza. Y a dormir, que mañana hay que currar. Y aquí paz y después gloria y hasta el año que viene. La representación de *Marat-Sade* termina entre los aplausos de quienes la han protago-

nizado, que duermen, cada uno a su manera, el sueño de los que se creen justos.

O así era, por lo menos, hasta el 11 de septiembre de 2012, cuando Artur Mas se sacó la independencia de la manga, con la bendición de Papá Pitufo, para hacer frente a su manera a la crisis económica y a su errático liderazgo. Aunque nada de eso habría sido posible sin la participación de quien, llamado en teoría a ser el adversario de Pujol, acabó convertido en su sucesor: el inefable Pasqual Maragall.

### **El fin de la esperanza**

Lo confieso: fui un votante cautivo del PSC durante los veintitrés años que el señor Pujol presidió la Generalitat (ahora me he pasado a Ciutadans: no es que espere gran cosa de ellos, pero, por lo menos, aún no han tenido la oportunidad de corromperse). Era mi manera de soportar la larga noche del pujolismo de la manera más digna posible. Supongo que me creí que el PSC era un partido progresista y de izquierdas, aunque no paraban de llegarme indicios de que, en realidad, era un cónclave de pequeños burgueses catalanistas que simulaban solidaridad e interés por la chusma del extrarradio (frecuentemente, de origen no catalán). Necesitaba creérmelo porque me negaba a asumir que Cataluña es básicamente un país pequeño, timorato, de orden, alérgico al riesgo y de escasas ambiciones cuyos habitantes muestran una mentalidad burguesa (incluidos los pobres de solemnidad y los que se declaran de izquierdas) y oscilan entre una autoestima desmesurada y una inseguridad brutal, como los actores, por ejemplo (de ahí, tal vez, lo bien que nos salen las fanfarrias de la Diada).